

ó corista el venerable padre, yendo á servir la mesa. El tiempo que le quedaba desocupado después del coro, lo empleaba en el confesonario, donde oía de penitencia á cuantos pobres ocurrían á sus pies. Lo mismo hacía en los conventos de religiosas, así de la órden como del ordinario, donde lo pedían al prelado algunas almas afligidas y de conciencias escrupulosas, para su consuelo; y al paso que para sí era rígido, se mostraba con los demás muy benigno, explayándose el corazón.

Fué totalmente desasido del siglo y seculares, de tal manera que en una ciudad tan populosa como es Méjico, tan afecta á los misioneros por lo que trabajan en su bien espiritual, con tantos confesados que de todas clases tenía y tantos que se valían del venerable padre para salir de sus dudas místicas y morales, no tenía persona á quien visitar, y cuando los que lo necesitaban y buscaban en el colegio para su consuelo no lo hallaban, entonces era cuando sabían que había salido á hacer mision.

## CAPITULO XI.

## CASOS PARTICULARES QUE LE SUCEDIERON EN LAS MISIONES ENTRE FIELES.

Cuando hizo mision en la provincia de la Huasteca, faltaron muchos vecinos del primer pueblo donde predicó y quedaron sin oír la palabra de Dios, por algunos pretextos, que careciendo de justicia, abundarian de negligencia; y habiendo salido para otro pueblo los padres á continuar su predicacion, entró una epidemia en el referido, de que murieron como sesenta vecinos y los demás sanaron; pero reparó el señor cura párroco de aquella iglesia que solo habían muerto los que faltaron á la mision, como lo notició por escrito al reverendo padre Junipero, que era presidente de ella. Divulgóse la voz de la enfermedad, y como quiera que siguió inmediatamente de concluida la mision primera, quedaron amedrentados los demás pueblos, saliendo de mala gana á oír las otras y sintiendo las admitiesen los señores curas. Pero sabiendo que solo habían muerto los que no asistieron á los sermones, concurrían después muy puntuales, no solo los vecinos de los pueblos, sino tambien los de las haciendas y ranchos que distaban muchas leguas de la cabecera; y hubo alguno que dijera no había visto iglesia ni sacerdote ni oído misa ni mision en diez y ocho años, pues había cuarenta que no entraba otra en aquella tierra; con lo que ya cesó la enfermedad que padecían. En todos estos pueblos lograron mucho fruto para Dios, quien prontamente empezó á premiar los trabajos de su siervo fray Junipero y demás compañeros.

Concluidas sus apostólicas tareas, se retiraban para el colegio, y en una jornada á tiempo que ya se ponía el sol, ignoraban dónde irían á parar

aquella noche, dando por cierto que lo harían en el campo. Esto consideraban cuando vieron á poca distancia y cerca del camino real una casa, donde entrando á pedir posada, hallaron un hombre venerable con su esposa y un niño, quienes muy gustosos los hospedaron y dieron de cenar con especial aseo y cariño. Despedidos los padres por la mañana y dando las gracias á sus bienhechores, siguieron su jornada, donde á poco trecho encontraron con unos arrieros que les preguntaron dónde habían parado aquella noche. Y diciéndoles que en la casa inmediata al camino: "¿Qué casa?" dijeron los arrieros; en todo el camino que anduvieron ayer, ni hay casa ni rancho ni en muchas leguas." Quedaron los padres admirados mirándose unos á otros, y los arrieros ratificándose en lo dicho de que no había tal casa en el camino. Los misioneros atribuyeron á la divina Providencia el haberlos favorecido con aquel hospicio, y que sin duda serían los que lo habitaban Jesús, María y José, reflejando no solo en el aseo y limpieza de la casa (aunque pobre) y el cariño afectuoso con que los habían hospedado y regalado, sino en el consuelo interior y extraordinario que allí habían sentido sus corazones. Dieron á Dios nuestro Señor las debidas gracias por el especial beneficio que habían recibido, y avivaron mas y mas su fe de que no les faltaría la divina Providencia, como así lo vieron cumplido en los treinta y dos días que les duró el viaje desde la Huasteca hasta el colegio.

En uno de los dichos pueblos en que hizo mision el venerable padre, experimentó en sí aquella promesa que hizo Jesucristo á los apóstoles y refiere el Evangelista San Marcos (cap. 16, v. 18); *Si mortiferum quid biberint, non eis nocet*. Celebrando misa el siervo de Dios, le pareció que al tiempo de consumir el sanguis le había caído en el estómago un gran peso como si fuese plomo, en términos que lo inmutó todo, y en parte lo trabó; no obstante, puso el vino para la purificacion; pero lo mismo fué tomarlo que quedar totalmente trabado, y si no ha estado tan pronto uno de los que asistían á la misa, hubiera caído en tierra el venerable padre: llevaronlo luego á la sacristía, y desnudándole los ornamentos lo pusieron en cama creyendo todos (luego que supieron el caso) que le habían puesto veneno en la vasija del vino para quitarle la vida.

Luego que lo supo un caballero asturiano vecino del mismo pueblo, muy afecto á los religiosos, como hermano que era de toda la religion por patente de nuestro reverendísimo padre general, ocurrió al convento con una bebida eficaz contra veneno, diciéndole que la bebiese, pues era muy propia para el intento. Miróla el venerable padre que la traían en un vaso de cristal, y sonriéndose dió á entender no la quería tomar: quedando corrido el hermano, le dijo si quería aceite para deponer el estómago, y haciendo la señal de que sí, lo tomó y entonces ya pudo articular al-

gunas palabras, siendo las primeras las citadas de san Marcos. No le causó vasca alguna el aceite ni vomitó; pero sí lo sanó, bien fuese por virtud del medicamento (como defienden algunos que la tiene, embotando los ácidos corrosivos del veneno) ó por la fe del venerable paciente. Lo cierto es que aquella misma mañana fué á la iglesia á confesar como si tal cosa le hubiera sucedido; y á haberle tocado el turno habría predicado aquel día, como lo hizo el siguiente.

Viendo el hermano sano ya al reverendo padre, fué á visitarlo, y después de darle los parabienes, le dijo en tono de queja: "Es posible, mi padre Junipero, que me hiciese el desaire de no querer tomar mi medicina, que era tan eficazísimo "contraveneno?" "A la verdad, señor hermano, no, respondió, que no fué por hacerle el desaire ni por dudar que tuviese virtud, ni menos por tener asco de ella, pues en otras circunstancias la habría tomado; pero yo acababa de tomar el pan de ángeles, que por la consagracion dejó de ser pan y se convirtió en el cuerpo de mi Señor Jesucristo: ¿cómo quería usted que yo, tras de un bocado tan divino, tomase una bebida tan asquerosa, que había sido pan "y ya no lo era? Luego conocí de lo que se componía, aunque venía en un vaso tan limpio." Confesó el caballero la verdad, como tambien que él por sus propias manos, no fiando á otro, había desleído la triaca (que así llamaban al único ingrediente de que estaba compuesta aquella inmunda bebida), quedando muy edificado de la fe y religion del venerable padre.

En aquella gran mision que con otros cinco compañeros predicó en el obispado de Oajaca, entre el mucho fruto que logró en ella, fué muy singular la conversion de una mujer en la ciudad de Antequera, capital de aquel obispado. Vivía esta en mal estado con un hombre rico y poderoso desde edad de catorce años, en que habiéndose este aficionado ciegamente de ella y no pudiéndola lograr para esposa (por ser casado en España), la tomó por concubina. Llevóla á su casa, viviendo con ella como si fuera su propia mujer, como por tal la tenían todos los moradores de aquella ciudad. En este infeliz estado vivieron catorce años. Llegó á oídos de la mujer la voz de la mision que se predicaba por los contornos de aquel lugar y de los muchos que se convertían á Dios, como tambien de que los padres habían de entrar á predicar allí. Estas voces fueron los golpes fuertes con que Dios tocó al corazón de aquella pecadora, la que no haciéndose sorda trató luego de separarse de tan pernicioso amistad y volverse á la de Dios. Dióle parte al cómplice de sus delitos; pero este la disuadió, diciéndola que no pensase en ello por entonces, amenazándola con que si tal hacía haría él un disparate; que la mataría ó que él se quitaría la vida.

Llegó la mision á la ciudad cuando menos la esperaban sus vecinos, pues informado el ilustrí-

simo señor obispo de que los padres intentaban entrar la noche de la dominica de quincuagésima, con el fin de evitar la muchas ofensas que por lo comun se hacen á Dios en los días del carnaval (alegrándose mucho aquel celosísimo prelado que había pedido la mision), les respondió: que le parecía muy bien y que no lo divulgaría (como se lo suplicaban) para cogerlos á todos descuidados.

Entraron con gran silencio los seis misioneros, y repartidos de dos en dos por las calles de la ciudad, enarbolando el santo Cristo, dieron el asalto disparando abundantes saetas que glosaban con fervorosas pláticas. Conmovióse sobremanera toda la gente, de suerte que desamparando las casns y agolpándose en las calles, siguieron todos á los padres hasta la catedral, y convidados para el día siguiente al sermón de anuncio y publicacion de la mision, se retiraron á sus habitaciones compungidos y llorosos.

Una de las saetas que pronunció uno de los misioneros, hirió el corazón de aquella pecadora de tal suerte, que le pareció que se lo había traspasado, segun el dolor grande que sentía de sus pecados y deseos de convertirse á Dios verdaderamente. Dispúsose para confesar, y examinada, se fué á los pies del venerable padre fray Junipero. Dióle cuenta de la vida que había tenido y propósito con que se hallaba de dejar tan peligrosa amistad y compañía. Animóla el fervoroso padre después de confesada generalmente, encargándole buscarse casa donde vivir. Así lo ejecutó; pero aquel hombre (ciego con su pasión) hacía cuantas diligencias consideraba oportunas para atraerla á su antigua amistad; pero ella constante en el propósito, frecuentaba los santos Sacramentos, y despreciando los halagos, promesas y amenazas de que se ahorcara, se mantuvo en su arrepentimiento con magnánima constancia. Comunicábale todo al venerable confesor, y diciéndole que no se consideraba segura en la casa que vivía, precavió este peligro el siervo de Dios buscándola otra de una devota señora de las principales de la ciudad, que la recibió con especial gusto.

Aun de aquella habitacion quería sacarla; pero no siéndole posible, una noche desesperado cogió un dogal, y yéndose con él á la citada casa, en una reja de hierro se ahorcó, entregando su alma á los demonios, en cuyo mismo instante se sintió en la ciudad un gran temblor ó terremoto que asustó á todos. A la mañana siguiente se dejó ver el miserable ahorcado, causando general horror y espanto, y singularmente á la convertida mujer, que viendo aquel espectáculo (á imitacion de santa Margarita de Cortona) se quitó luego el cabello, y vestida de ásperos cilicios y de un saco en forma de túnica, anduvo por la ciudad de Antequera pidiendo á gritos perdon de sus pecados y escandalosa vida que había tenido; quedando todos edificados y compungidos de ver

tan rara conversion y penitencia, y no menos temerosos de la divina justicia, con escarmiento de aquel infeliz, por cuya causa se lograron innumerables conversiones, y por consiguiente mucho fruto de la citada mision.

Otros casos podria referir, pero la dilatada narracion de la última tarea de la vida del venerable padre Junipero (donde este apostólico varon echó el resto de sus afanes) me llama con instancia y no me permite dilacion.

## CAPITULO XII.

PASA Á LA CALIFORNIA CON QUINCE MISIONEROS PARA TRABAJAR EN ELLA.

Habiéndose extinguido en la Nueva España la sagrada Compañía de Jesús el dia 25 de junio del año de 1767, fueron encomendadas por el excelentísimo señor virey marqués de Croix (de acuerdo con el ilustrísimo señor visitador general del reino D. José de Galvez) al colegio de San Fernando de Méjico, las misiones que los padres expulsos administraban en la California. Vióse precisado el colegio á admitirlas (no obstante lo falto que se halla de religiosos) para hacer á Dios y al rey este sacrificio, y á enviar al propio tiempo á España por competente número de misioneros.

Diez y seis eran los padres jesuitas que habia en la California, y otros tantos habian de pasar á remedarlos; pero teniendo ideado el superior gobierno poner en las cuatro misiones mas adelantadas sacerdotes seculares, pidieron los citados señores doce religiosos al reverendo padre guardian del colegio. Propúsole este en comunidad, convidando á todos los que se hallasen con espíritu para tan ardua empresa; y prontamente tuvo el número necesario de misioneros, que se ofrecieron voluntariamente.

En este tiempo estaba nuestro venerable fray Junipero haciendo mision en la provincia del Mezquital, y como treinta leguas distante de Méjico. Eligiólo el prelado para presidente de aquellos misioneros; pero en atencion á no dar tiempo para consultar su voluntad la precision de salir, y estando tan conocido su espíritu y puntual obediencia (pues la menor insinuacion reputaba por precepto formal y expreso), lo hubo de escribir para que se regresara al colegio. Así lo practicó llegando á él el dia 12 de julio, y llegando á tomar la bendicion del reverendo padre guardian, este dijo al venerable padre lo llamaba para que fuese con los demás religiosos asignados por el discretorio á la California. Admitió el siervo de Dios el ser uno de los elegidos, y con mayor consuelo que los demás, por no haber concurrido ni siquiera con el *Ecce ego mitte me*, sino por sola eleccion del prelado, sin indagar su voluntad.

Tenia ya el excelentísimo señor virey preve-

nido todo el equipaje necesario para el viaje (por tierra) de doscientas leguas, hasta el puerto de San Blas, para que fuesen con alguna comodidad los padres, á efecto de evitar se enfermasen en el camino tan dilatado de tierra caliente y destemplada, y luego pasó aviso su excelencia al reverendo padre guardian para que estuviesen prontos para el dia 14 de julio del citado año de 1767. Despedimonos de la comunidad, y al tomar la bendicion del prelado, nos dijo este, convertidos en mares de lágrimas sus ojos: "Vayan, padres" y queridos hermanos, con la bendicion de Dios "y de nuestro santo padre san Francisco á bajar en aquella mística labor de la California" que nos ha fiado nuestro católico monarca: vayan, vayan con el consuelo de que llevan para "su prelado al padre lector Junipero, á quien "por esta patente nombro de presidente de todos vuestras reverencias y de aquellas misiones, y no tengo que decir mas sino que le obedezcan como á mí mismo y me encomienden "á Dios." Aquí suspendió la voz por embargársela las impetuosas aguas que destilaban sus ojos, y entregando la patente al venerable padre, este la recibió con toda sumision, sin poder articular palabra por las muchas lágrimas que derramaba, y siendo el llanto de todos general y copioso, considerando seria aquella despedida para la eternidad, besamos la mano al reverendo padre guardian y salimos dicho dia (en que se celebra á san Buenaventura) acompañándonos el resto de la comunidad hasta fuera de la portería, cuyo compás hallamos lleno de gente para vernos marchar.

Duró la caminata hasta el pueblo de Tepic treinta y nueve dias, con los pocos que tuvimos de descanso en las ciudades de Querétaro y Guadalupe. En esta supimos por el ilustrísimo señor obispo de que no tenia clérigos para la California y que no estaba ninguna de las misiones en disposicion de ser administrada por otros sacerdotes que los misioneros, y que así lo habia escrito ya al excelentísimo señor virey. En vista de esto, dió cuenta de ello nuestro venerable padre presidente al reverendo padre guardian, suplicándole se esforzase á enviar mas religiosos. Así lo practicó hasta completar el número de diez y seis, que todos nos juntamos en el hospicio de la Santa Cruz de Zacate, que en el citado pueblo de Tepic tiene la provincia de Jalisco, de la regular observancia de nuestro padre san Francisco.

Habiendo llegado allí el venerable padre presidente el dia 21 de agosto, supo por el coronel comandante de la tropa que estaba acuartelada, con el destino de ir parte de ella á la California y Sonora, de que aun estaba despacio la salida, por lo muy atrasados que se hallaban los dos paquebotes, que con el fin de trasportarnos á todos para la California y Sonora se estaban construyendo; nos vimos precisados á detenernos en el

citado pueblo, manteniéndonos el rey de su cuenta.

El fervoroso celo del venerable padre Junipero no le permitió el que tantos religiosos como allí estábamos ociosos por detenidos, perdiésemos el tiempo que se podia emplear en la conversion de muchas almas, y así luego que descansamos de aquel largo viaje, dispuso el que hiciésemos mision en las cercanías del puerto de San Blas, repartiendo á todos por los pueblos expresados en el capítulo antecedente, quedándose su reverencia en el expresado pueblo de Tepic con otros compañeros, haciendo mision allí, en cuyo ejercicio nos ocupamos hasta principios de marzo del año de 1768, en que nos embarcamos, como se versa en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XIII.

EMBARCANSE TODOS LOS MISIONEROS, Y LO QUE PRACTICÓ EL VENERABLE PADRE LLEGADO Á LA CALIFORNIA.

Llegó el deseado dia de embarcarnos en el paquebot nombrado la Concepcion, que habia anclado en el puerto de San Blas por el mes de febrero, trayendo de la California los diez y seis padres jesuitas, y en el mismo salimos el dia 12 de marzo de dicho año, habiendo anochecido ya, igual número de misioneros del colegio de San Fernando, de cuyo seráfico y apostólico escuadrón era caudillo el venerable padre fray Junipero Serra, y sin haber tenido novedad alguna, dió fondo en la rada de Loreto la noche del 1º de abril, que aquel año era viernes Santo y el siguiente sábado de Gloria desembarcamos todos. Antes de repartirnos y caminar cada uno para su mision, que le fué señalada por el venerable padre presidente, dispuso este que primero celebrásemos todos juntos los tres dias de Pascua con misa cantada á nuestra Señora de Loreto, patrona de aquella península, en accion de gracias del viaje de mar, y para implorar su patrocinio para el de tierra (que para los mas fué de cien leguas y para otros de mas), el cual emprendimos el dia 6 de abril, y habiendo llegado á su mision cada uno, procuró imponerse en el gobierno y régimen observado en ella, conforme al encargo que traíamos del excelentísimo señor virey, para no innovar en nada hasta que llegase el ilustrísimo señor D. José de Galvez.

Embarcóse este señor en el puerto de San Blas el dia 24 de mayo, y fué tan dilatada su navegacion, que no llegó á la península hasta el 6 de julio, que desembarcó en la ensenada de Cerralvo, en el Sur de la California, y puso su real en el nombrado de Santa Ana, cien leguas distante del presidio de Loreto, trayendo no solo el encargo de visitar la península de Californias, sino tambien real orden de despachar una expedi-

cion marítima á fin de poblar el puerto de Monterey, ó á lo menos el de San Diego.

Informado el citado señor, después de llegado á la California, del estado de las misiones y de la altura en que se hallaba la mas setentrional, le pareció conveniente para conseguir el fin de su majestad el hacer á mas de la expedicion de mar, otra por tierra, que saliendo de la última mision, fuese en busca del puerto de San Diego, y juntándose con la marítima se verificase el establecimiento allí.

Comunicó el ilustrísimo señor su alto y acertado pensamiento con nuestro venerable padre, escribiéndole desde el real de Santa Ana, quien le respondió le parecia lo mas oportuno, y que se ofrecia á ir en persona con cualquiera de las dos expediciones, como tambien el número de misioneros que fuese necesario para aquella empresa; y suponiendo que admitiria esta propuesta el señor visitador general, se puso luego en camino para visitar las misiones mas inmediatas á Loreto y convidar á los padres para aquella funcion, y lo mismo hizo por escrito á los que se hallaban retirados, y con motivo de esta visita anduvo mas de cien leguas.

Al regreso de este viaje ya halló la respuesta del señor don José de Galvez, en que agradeciéndole el ofrecimiento que nacido de su ardentísimo celo habia hecho, le decia tomase el trabajo de bajar al real de Santa Ana ó puerto de la Paz, donde lo hallaria, y que lo deseaba mucho para tratar el asunto de las expediciones. Empezó luego aquel viaje, que es de doscientas leguas en ida y vuelta; y si unimos á estas las otras ciento que anduvo en la visita de las tres misiones del Sur, hacen trescientas leguas que por entonces caminó el venerable padre. Trató luego con el citado señor acerca de las expediciones, y quedaron convenidos en que por mar, con los dos paquebotes, irian tres misioneros, y uno con el paquebot que saldria después, y que por tierra fuesen dos, uno con el primer trozo y el venerable padre presidente con el segundo y el señor gobernador comandante de la expedicion.

Resolvieron se fundasen tres misiones, una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterey con el título de San Carlos, y la restante con el de San Buenaventura en la medianía de ambos puertos. Estando ya de acuerdo en esto, dieron mano á disponer los ornamentos, vasos sagrados y demás necesario para iglesia y sacristía, como asimismo lo perteneciente á casa y campo, para que encajonado todo fuese por mar, y por tierra lo demás que se previniese en Loreto. En vista de estas disposiciones tan del agrado del venerable padre y tan ajustadas á sus deseos, nombró luego los padres que se habian de embarcar, y les avisó para que fuesen, como lo hicieron, al puerto de la Paz y cabo de San Lucas, y el ilustrísimo señor visitador general por su parte dió

mano á disponer todo lo necesario, trabajando personalmente como si fuese un peon.

Luego que llegaron de San Blas los barcos, haciendo de capitana el San Carlos, que dió fondo en el citado puerto de la Paz y San Antonio, alias el Príncipe, que no dándole lugar los vientos por contrarios allí, dió fondo en el cabo de San Lúcas, quiso el ilustrísimo señor reconocer si estaba en disposicion de hacer el viaje, mandó descargar la capitana, y viéndole la quilla, determinó darle una recorrida y nueva carena; pero faltando la brea para hacerlo, no se dignó la cristiana piedad del expresado señor no solo idear de qué sacarla, sino que por sus mismas manos trabajó para conseguirla, como lo logró de los pitahayos, cuando á todos parecia imposible. Con esto, quedando á su satisfaccion los citados buques, los mandó cargar de todos los víveres y demás que habia traído de San Blas, como asimismo de cuanto se custodiaba en los almacenes, que en el puerto de la Paz ó de Cortés habia mandado edificar.

Tambien por sí mismo ayudó este señor al venerable padre Junipero y padre Parron á encajonar los ornamentos, vasos sagrados y demás utensilios de iglesia y sacristía para las tres misiones que de pronto se habian de fundar, gloriándose en una carta que el referido señor al mismo tiempo me escribió, en que me expresaba que era mejor sacristan que el padre Junipero, pues compuso los ornamentos y demás para la mision, que llamaba suya, de San Buena Ventura, con mas prontitud que el siervo de Dios los de la suya de San Carlos, y que le hubo de ayudar. Asimismo con el fin de que estas se fundasen con el mismo orden y gobierno que las de Sierra Gorda, tan del agrado del propio ilustrísimo señor, este mandó encajonar y embarcar todos los utensilios de casa y campo, con la necesaria herramienta para labores de tierra y siembra de toda especie de semillas, así de la antigua como de la Nueva España, sin olvidarse por estas atenciones de las mas mínimas, como hortaliza, flores y lino, por estar aquella tierra, en su concepto, para todo fértil, por estar en la misma altura que España, y no le engañó su pensamiento, como diré adelante. Igualmente determinó para dicho efecto que de la mision antigua, situada mas hácia el Norte, condujese la expedicion de tierra doseientas reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquella nueva tierra de este ganado mayor, para cultivarlas todas y para que á su tiempo no faltase que comer, el que se ha aumentado mucho y procreado admirablemente. En cuanto estuvo todo dispuesto, señaló el mismo señor el dia que hubiese de salir la comandanta, mandando que toda la gente se dispusiese por medio de los santos sacramentos de penitencia y Eucaristía.

De esta manera se practicó, celebrando el reverendo padre presidente la bendicion de barco y banderas, y dándoles á todos su bendicion des-

pués de la misa de rogativa al santísimo patriarca señor san José, á quien se nombró por patrono de las expediciones de mar y tierra, habiendo de antemano por carta cordillera encargado á los ministros que todos los meses el dia diez y nueve se cantase en todas las misiones una misa al santísimo patriarca, concluyéndose con la letania de los santos, de rogativa para conseguir el mas feliz éxito de dichas expediciones. Después de la misa de rogacion que va referida, hizo el señor visitador general á toda la gente una gran exhortacion ó plática para animarla, y todos enternecidos se embarcaron el dia 9 de enero de 1769 en la citada capitana San Carlos, acompañándolos para su consuelo el padre fray Fernando Parron.

La gente que conducia fué el capitán comandante de la expedicion marítima don Vicente Vila; una compañía de soldados voluntarios de Cataluña de veinticinco hombres con su teniente don Pedro Fajes; el ingeniero don Miguel Constanzó, como tambien don Pedro Prat, cirujano de la real armada, y toda la tripulacion necesaria con los correspondientes oficiales de marina. Hízose á la vela el citado dia nueve, y en cuanto se apartó del puerto, salió el reverendo padre fray Junipero para su mision y presidio de Loreto, para disponer todo lo necesario para la otra expedicion; y de paso, como que era camino, paró en mi mision de San Francisco Javier, y refiriéndome todo lo dicho, rebosaba á su rostro la alegría, júbilo y contento de su corazón.

El segundo barco destinado para la expedicion era el San Antonio, alias el Príncipe, el cual, como se ha dicho, no permitiéndole los vientos arribar al puerto de la Paz, fué á dar fondo en el cabo de San Lúcas. Luego que el señor visitador tuvo esta noticia, despachó orden al capitán para que allí se mantuviese, que su ilustrísima pasaria por allí, como se verificó, pues el mismo dia que salió el San Carlos se embarcó en el paquebot nombrado la Concepcion, y me escribió la noticia de la salida del citado navío, y que ya que no podia ir á la expedicion para fijar por su mano el estandarte de la santa cruz en el puerto de Monterey, no queria omitir el acompañarla hasta el cabo de San Lúcas, que allí desembarcaria viéndola pasar, y daria mano á disponer que sin pérdida de tiempo saliese el San Antonio. Así lo practicó el expresado señor, acompañando á la capitana hasta el citado cabo de San Lúcas, donde tuvo el gusto de verla salir con viento en popa el dia 11 de enero de dicho año de 1766.

Luego que desembarcó su señoría ilustrísima en el mismo cabo, comenzó á abreviar la salida del San Antonio; pero antes de todo practicó con este barco lo mismo que con el San Carlos, mandándolo descargar y recorrer, y en cuanto estuvo á su satisfaccion, dispuso se equipase, así con lo que habia traído de San Blas como con la prevencion de granos, carnes, pescado, etc., que tenia este señor con su eficacia acopiada para este

fin. Embarcado todo, prevenida la gente, dispuesta con el santo sacramento de la penitencia y cantada la misa de rogativa al señor san José, comulgó en ella, y concluida les hizo el señor don José de Galvez su plática exhortatoria para la paz y union, compeliéndoles al cumplimiento de su obligacion y obediencia á los jefes y oficiales, y á que respetasen á los padres misioneros fray Juan Vizcaino y fray Francisco Gomez, que con ellos iban para su consuelo; y concluida la funcion se embarcaron el dia 15 de febrero, y siendo este dia de la traslacion de san Antonio de Padua, patrono de dicho barco, confiaron en su patrocinio que con toda felicidad lo trasladaria al puerto de San Diego ó Monterey. Con esta confianza salieron, previniendo dicho señor al capitán del citado paquebot, que era don Juan Perez Mallorquin, insigne piloto de la carrera de Filipinas, que procurase no perder instante de tiempo; en inteligencia de que el comandante capitán de San Carlos, llevaba la orden de ir en derecho al puerto de San Diego y esperar solos veinte dias, y que si dentro de este término no llegase dejando señal, cruzase para Monterey, y que lo mismo habia él de practicar en caso de no encontrar dicha capitana en San Diego, ni á la expedicion de tierra, cuyo capitán llevaba la misma orden.

Concluido el despacho de estos dos barcos, dió principio el señor visitador general á disponer el tercero, nombrado el Señor San José, que habiendo venido de San Blas, se hallaba fondeado en el cabo de San Lúcas. Dió la orden de que descargándose y registrándose, se hiciese la misma diligencia que con los otros dos; y habiéndose ejecutado, lo envió para el puerto de la Paz, encargando al capitán lo esperase allí, pues antes de salir para San Diego tenia que ir á Loreto. En cuanto salió dicho paquebot para el puerto de la Paz, fué el ilustrísimo señor por tierra, dando vuelta á todo el cabo por la playa, hasta llegar á la mision de Todos Santos, y de allí al real de Santa Ana. Concluidas las diligencias de la visita, pasó el mencionado puerto de la Paz y se embarcó en una balandra, para ir de convoy con el paquebot Señor San José, donde tambien se habian embarcado los dos padres misioneros que vinieron del colegio de San Fernando en lugar de los otros dos que iban con la expedicion.

Salieron de la Paz á mediados de abril, y en breve tiempo llegaron con toda felicidad á Loreto, y se detuvieron en dicha rada hasta el 1º de mayo, ocupándose su señoría ilustrísima en dar las providencias y disposiciones necesarias para el buen régimen de la tropa y presidio y para las misiones de indios, dejando fundado un colegio de muchos de ellos para la marina. Concluida su visita, se embarcó en la misma balandra dicha el dia 1º de mayo para pasar á la ensenada de Santa Bárbara del Rio Mayo, de la costa de So-

nora, llevando en su compañía el paquebot Señor San José, á fin de que recibiese parte de la carga que tenia el expresado señor encargada, quien habiendo llegado felizmente, caminó al real de Alamos para dar principio á la visita de aquellas provincias, y el dicho paquebot, recibida la carga, volvió á Loreto por la restante que estaba preparada. En este barco se habia de embarcar para San Diego el padre predicador fray José Murguía, y por hallarse gravemente enfermo y sacramentado este, salió de Loreto sin ningun religioso el dia 16 de junio del mismo año, y no habiéndose vuelto á saber mas de él ni parecido fragmento alguno, se juzga padeceria naufragio en alta mar. He adelantado estos pasajes para concluir la narracion de las expediciones marítimas y pasar con mas desembarazo á hacer relacion de las de tierra.

#### CAPITULO XIV.

FUNCIONES DE LA EXPEDICION DE TIERRA, SALIDA DE LORETO DEL VENERABLE PADRE Y SU LLEGADA Á LA GENTILIDAD, DONDE DIÓ PRINCIPIO Á LA MISION PRIMERA.

Con la misma eficacia que el ilustrísimo señor visitador general deseaba dar cumplimiento á la real orden su majestad para poblar el puerto de Monterey, empleó cuantos medios consideró oportunos para la consecucion de tan noble intento. Ya dije cómo á mas de la expedicion marítima que mandaba su majestad se hiciese, añadió el mismo señor ilustrísimo y á la presente excelentísimo don José de Galvez, otra expedicion por tierra, en atencion á que segun estaba informado, no podia estar muy lejos el puerto de San Diego de la frontera de la California descubierta, y sin olvidarse de la de mar ni de la visita de la península, dió sus disposiciones para la citada expedicion, á efecto de que juntándose ambas en dicho puerto y quedando este poblado, se pasase á hacer lo mismo con el de Monterey.

Luego que su señoría ilustrísima derminó hacer la segunda expedicion, no menos ardua que peligrosa con respecto á la de mar, por la mucha gentilidad de diversas y depravadas naciones; como era natural se encontrase en el camino, dispuso, á imitacion del patriarca Jacob, el dividirla en dos trozos, para que si se desgraciase el uno, se salvase el otro. Nombró por principal comandante á don Gaspar de Portalá, capitán de dragones y gobernador de la California, y de su segundo á don Fernando Rivera y Moncada, capitán de la compañía de cuera del presidio de Loreto, para ir mandando el primer trozo, y de explorador de aquella tierra hasta entonces no conocida de los españoles, y al señor gobernador para ir en la segunda parte de la expedicion.

Hecho este nombramiento, le dió las instruc-

eiones correspondientes, y al señor capitán la orden para que de toda la compañía de cuera escogiese el número de soldados que juzgase conveniente y á propósito, y en caso necesario reclutase otras, y el número de arrieros para las cargas y equipaje de la expedición, como también que fuese caminando para la frontera y entrando en todas las misiones, donde debía pedir todas las bestias mulares y caballares que no hiciesen allí falta, como asimismo cuantas cargas se pudiesen de carne hecha cecina, granos, harina, pinole y bizcocho, dejando en cada misión recibo de cuanto sacase, para satisfacerlo todo, y que con toda la provision subiese para la frontera de Santa María de los Angeles, llevando también doscientas reses; y que de todo le diese noticia, como asimismo del tiempo en que podría salir el primer trozo de la expedición.

Con todas estas órdenes, que cumplió puntualmente, salió el señor capitán del real de Santa Ana por el mes de setiembre de 1768, y habiendo llegado al sitio de Nuestra Señora de los Angeles, que es la frontera de la gentilidad, donde encontró parte de la carga que habían subido ya por las lanchas hasta la bahía de San Luis, registró el terreno, y no hallándolo capaz para que en él se mantuviesen ni aun las bestias, por la absoluta falta de pastos, reconoció las cercanías, internándose hacia la gentilidad, y quiso Dios que á las diez y ocho leguas de haber caminado para San Diego, halló un paraje acomodado á su intento, y haciendo conducir allí toda la carga, ganados y bestias, dió parte al señor visitador general, que se hallaba entonces en el Sur de la California trabajando en el despacho de la expedición marítima, avisándole que en todo marzo esperaba estar dispuesto para poder continuar su viaje.

Con esta noticia el venerable padre fray Junipero, que tenía nombrado para ir con dicha expedición al padre predicador fray Juan Crespi, misionero de la misión de la Purísima Concepción, le escribió se pusiese en camino para no hacer falta. Salió el citado padre de aquella misión á 26 de febrero de 1769 y llegó á la frontera, en donde estaba formado el real, en el paraje que aquellos gentiles nombraban Vellicatá, el miércoles Santo día 23 de marzo, encontrando allí al señor capitán y á toda la gente pronta para la salida, y ya confesada por el misionero de San Borja, que con este fin había subido, para que el siguiente día jueves Santo cumpliesen todos, como lo hicieron, con el precepto de nuestra madre la Iglesia, y el viernes Santo, 24 de marzo, saliese la expedición.

Esta se componía de los siguientes sujetos: el señor capitán comandante, el padre fray Juan Crespi, un pilotín que iba para observar y formar el diario, veinticinco soldados de cuera, tres arrieros, y una cuadrilla de indios neófitos californios para gastadores, ayudantes de arrieros y de

más quehaceres que se ofreciesen, armados todos de arco y flechas; y habiendo gastado en el camino cincuenta y dos días sin novedad alguna, llegaron el 14 de mayo al puerto de San Diego, donde hallaron fondeados los dos barcos, como diré adelante.

Para la segunda parte de la expedición quedaron en el dicho paraje de Vellicatá las bestias mulares y caballares, toda la carga perteneciente á ella, el ganado vacuno, parte de la tropa y arrieros que habían de marchar, y la restante había de acompañar al señor gobernador y venerable padre presidente, quien suplicó á este señor se adelantase supuesto que tenía que recoger otras cargas en el camino; que le dejase dos soldados y un mozo, que él saldría después y lo alcanzaría antes de llegar á la frontera. Convenido en esto el citado señor gobernador, salió de Loreto con la tropa el día 9 de marzo, y habiendo llegado á mi misión, me comunicó, aunque de paso, lo malo que estaba del pié y pierna el venerable padre Junipero, pues en el viaje que había hecho hacia el Sur se había empeorado mucho, como asimismo que creía se le había acanecido el pié, y dudaba que con este accidente pudiese hacer tan penoso y dilatado viaje. "Y no obstante de haberle hecho presente el atraso que podía seguirse á la expedición si en el camino se imposibilitaba, no he podido conseguir el que se quede y que vuestra paternidad vaya. Su respuesta ha sido, siempre que le he hablado del asunto, que espera en Dios le dará fuerzas para seguir hasta San Diego y Monterey; que vaya yo por delante, que me alcanzará á la raya de la gentilidad. Yo lo miro casi imposible, y así se lo escribo al señor visitador." Díjome que verificase yo lo mismo, como lo hice, y se fué caminando con la tropa hasta acercarse á los gentiles, y en la misión de San Ignacio se le agregó el padre fray Miguel de la Campa, ministro que era de ella, y estaba nombrado para subir á la conquista.

El día 28 de marzo, tercera fiesta de la Pascua de resurrección, salió nuestro venerable padre de su misión y presidio de Loreto, después de haber celebrado con la devoción que acostumbraba la semana Santa y de dejar confesados todos los vecinos de la misión y presidio y comulgados en cumplimiento del precepto de nuestra santa madre Iglesia, pues por estas atenciones no pudo ir con el señor gobernador; pero habiéndolas concluido en el último día de la Pascua, cantó la misa, predicó al pueblo, despidiéndose de todos hasta la eternidad, y partió de Loreto, como llevo dicho, sin más compañía que la de dos soldados y un mozo. Así llegó á mi misión; pero viéndole la laga é hinchazón del pié y pierna, no pude contener las lágrimas al considerar lo mucho que tenía que padecer en los ásperos y penosísimos caminos que eran conocidos hasta la frontera, y los que se ignoraban y descubrian

después, sin más médico ni cirujano que el divino y sin más resguardo el accidentado pié que la sandalia, sin usar jamás en cuantos caminos anduvo en la Nueva España como en ambas Californias, zapatos, medias ni botas; disimulando y excusándose con decir que le iba mejor con tener el pié y piernas desnudas.

Detúvose conmigo en la misión el venerable padre tres días, y así por gozar de su amable compañía por el amor recíproco que nos profesábamos desde el año de 1740 en que me asignó la obediencia por uno de sus discípulos de filosofía, como también para tratar los puntos pertenecientes á la presidencia, por estar yo nombrado en la patente de nuestro colegio de presidente por muerte ó ausencia del venerable fray Junipero; antes de hablar acerca de esos asuntos, le hice presente el estado en que se hallaba el pié y pierna, y que naturalmente era imposible pudiese hacer tan dilatado viaje, pudiéndose originar de esto que se desgraciase la expedición, ó por lo menos que se demorara, y que no ignoraba yo me adelantaba en los deseos de ir á la conquista, pero no en las fuerzas y la salud que lograba; y que en atención á esto tuviese á bien el quedarse y que yo fuese.

Pero habiendo oído mi proposición, me respondió luego en estos términos: "No hablemos de eso: yo tengo puesta toda mi confianza en Dios, de cuya bondad espero me conceda llegar, no solo á San Diego para fijar y clavar en aquel pueblo el estandarte de la santa cruz, sino también al de Monterey." Me resigné, viendo que el fervoroso prelado me excedía, y no poco, en la fe y confianza en Dios, por cuyo amor sacrificaba su vida en las aras de sus apostólicos afanes. Pasamos después á tratar de los demás asuntos, y concluidos salió de la misión á continuar su viaje, aumentándose el dolor de la despedida al ver que para subir y bajar de la mula en que iba, era necesario que dos hombres, levantándolo en peso, lo acomodasen en la silla. Y fué su última despedida el decirme: "Adios, hasta Monterey, donde espero nos juntaremos para bajar en aquella viña del Señor." Mucho me alegré de esto, pero mi despedida fué "hasta la eternidad;" y habiendo sido reprendido amorosamente de mi poca fe, me dijo que le había penetrado el corazón.

Fué subiendo de una misión á otra, visitando á los padres, consolándolos á todos y pidiéndoles lo encomendasen á Dios. Hallábase este su siervo distante de mi misión cincuenta leguas, en la de Nuestra Señora de Guadalupe; cuando recibí la respuesta del señor visitador general á la carta que le había escrito dándole noticia del estado del venerable padre, quien no había modo de quedarse, y que me parecía no podría seguir la expedición; á la que me respondió, como ya lo había tratado en el real de Santa Ana y en el puerto de la Paz, y conocido su grande espí-

ritu, con esta expresión "Me alegró mucho vaya caminando con la expedición el reverendo padre Junipero; y alabo su fe y gran confianza que tiene en que ha de mejorar y que le ha de conceder Dios el llegar á San Diego: *está en la misma confianza tengo yo,*" y ciertamente, como después veremos, no le salió falsa. Con esta respuesta perdí yo la esperanza de ir con la expedición; pero conformándome con la voluntad de Dios, proseguí pidiendo á su majestad por la salud de mi venerado padre y feliz éxito de las expediciones.

Con mucho trabajo, no menor fatiga, y ningún alivio del penoso accidente, pudo alcanzar en el paraje de Nuestra Señora de los Angeles, frontera de la gentilidad, al señor gobernador y padre predicador fray Miguel de la Campa; y habiendo descansado allí tres días, siguieron juntos con la tropa entre la gentilidad hasta llegar al paraje de Vellicatá, donde estaba parado el real con todas las cargas, y entraron en el día 13 de mayo.

#### CAPITULO XV.

FUNDA EL VENERABLE PADRE LA PRIMERA MISION, QUE DEDICÓ Á SAN FERNANDO, Y SALE CON LA EXPEDICION PARA EL PUERTO DE SAN DIEGO.

Con motivo de la detención de la gente y tropa de las expediciones en el paraje nombrado de aquellos naturales Vellicatá, hubo lugar para que se explorase aquel terreno y todas sus cercanías, como también para que los soldados hiciesen algunas casitas para resguardarse la temporada que duró la mansión; y asimismo una capillita en que les dijo misa el padre predicador fray Fermín Luzuen, cuando fué por la cuaresma á confesar á la gente del primer trozo de la expedición que queda ya citada; y habiendo llegado á aquel sitio el señor gobernador y los padres presidente y fray Miguel de la Campa el día 13 de mayo, como dije en el capítulo antecedente, vigilia de Penitencostés, les pareció que estaba acomodado para fundar allí una misión, y mas por haberles dicho lo mismo los soldados, que habiendo estado en aquel paraje algunos meses con el ganado y caballada, habían registrado algunas leguas de su circuito. En esta atención, y que era muy conveniente para la comunicación desde San Diego á la antigua California, y que la misión mas inmediata á Vellicatá era la de San Francisco de Borja, distante como sesenta leguas de tierra despoblada, estéril y falta de aguas, determinaron hacer el establecimiento en el citado sitio.

Convenidos en esto y no pudiendo demorarse por la precisión de marchar para San Diego, se dispuso que el siguiente día, 14 de mayo, tan festivo, como que era el del Espíritu Santo, se tomase posesión del terreno en nombre de nuestro católico monarca y que se diese principio á la misión. Luego que vieron estas resoluciones los

soldados, mozos y arrieros, dieron mano á limpiar la pieza que habia de servir de iglesia interior, y adornarla segun la posibilidad que habia: colgaron las campanas y formaron una grande cruz.

El dia siguiente, 14 de mayo, como queda dicho, y primero de Pascua del Espíritu Santo, se dió principio á la fundacion. Revistióse el padre de alba y capa pluvial, bendijo agua, y con ella el sitio y la capilla, é inmediatamente la santa cruz, la que habiendo sido adorada de todos, fué enarbolada y fijada en el frente de la capilla. Nombró por patrono de ella y de la mision al que lo es de nuestro colegio el santo rey de Castilla y Leon señor San Fernando, y por ministro de ella al padre predicador fray Miguel de la Campa Coz; y habiendo cantado la misa primera, hizo una fervorosa plática de la venida del Espíritu Santo y establecimiento de la mision. Concluido el santo sacrificio, que se celebró sin mas luces que las de un cerillo y otro pequeño cabo de vela, por no haber llegado las cargas en que venia la cera, cantó el *Veni Creator Spiritus*, supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la funcion, y el humo de la pólvora al del incienso, que no tenían.

Por la urgencia con que debia salir la expedicion, no logró el venerable padre fundador el gusto de ver en esta mision primera bautismo alguno, como lo tuvo por primicia en las otras diez que estableció; pero delante de Dios no perderia el mérito de los muchos gentiles que á su majestad se convirtieron, pues pasado el tiempo de cuatro años y cuando se entregó aquella mision á los reverendos padres dominicos, habia en ellas 296 cristianos nuevos de todas edades, segun consta del padron que entregué á los mismos padres, y firmado por ellos se remitió al excelentísimo señor virey. Habiéndose mantenido allí nuestro venerable fray Junípero tres dias, quiso el Señor enseñarle una cuadrilla de gentiles que en breve tiempo recibieron el sagrado bautismo, causándole grande regocijo, como manifesta en la siguiente expresion de su diario, que no omito insertar, ya que no puede ir todo por lo muy voluminosa que se haria esta relacion.

“Dia 15 de mayo, segundo dia de Pascua y de fundada la mision, después de las dos misas que el padre Campa y yo celebramos, tuve un gran consuelo, porque acabadas las dos misas, estándome recogido dentro del jacalito de mi morada, me avisaron que venian, y ya cerca, gentiles. Alabé al Señor, besé la tierra, dando á su majestad gracias de que después de tantos años de desearlos me concedia ya verme entre ellos en su tierra. Salí prontamente y me hallé con doce de ellos, todos varones y grandes, á excepcion de dos que eran muchachos, el uno como de diez años y el otro de diez y seis: ví lo que apenas acaba-

ba de creer cuando lo leia ó me lo contaban, que es el andar enteramente desnudos, como Adán en el paraíso antes del pecado. Así iban y así se nos presentaron; y los tratamos largo rato, sin que en todo él con vernos á todos vestidos se les conociese la mas mínima señal de rubor á estar de aquella manera desnudos. A todos, uno por uno, puse ambas manos sobre sus cabezas en señal de cariño; les llené ambas manos de higos pasados, que luego comenzaron á comer, y recibimos, con muestras de apreciarles mucho, el regalo que nos presentaron, que fué una red de mescales tlatemados y cuatro pescados mas que medianos y hermosos; aunque como los pobres no tuvieron la advertencia de destriparlos, y mucho menos de salarlos, dijo el cocinero que ya no servian. El padre Campa tambien les regaló sus pasas; el señor gobernador les dió tabaco en hoja; todos los soldados los agasajaron y les dieron de comer, y yo con el intérprete les hice saber que ya en aquel propio lugar se quedaba padre de pié el que allí veian y se llamaba padre Miguel; que viniesen ellos y demás gentes de sus conocidos á visitarlo y que echasen la voz de que no habia que tener miedo ni recelo; que el padre seria muy su amigo, y que aquellos señores soldados que allí quedaban junto con el padre, todos les harian mucho bien y ningun perjuicio; que ellos no hurtasen de las reses que iban por el campo, sino que en teniendo necesidad viniesen á pedir al padre y les daria siempre que pudiese. Estas razones y otras semejantes parece que atendieron muy bien y dieron muestras de asentirlas todos, de suerte que me pareció que no habian de tardar en dejarse coger en la red apostólica y evangélica.” Así fué, como después veremos, y el señor gobernador le dijo al que hacia de capitán, que si hasta entonces no mas tenia este título por el decir ó querer de sus gentes, que desde este dia lo hacia capitán, y con su poder en nombre del rey nuestro señor.

Viendo el citado señor que tan prontamente ocurrían gentiles á aquella primera mision, puso luego en ejecucion la orden que tenia del señor visitador general para entregar al padre de aquella doctrina la quinta parte del ganado vacuno, cuya porcion recibió el padre Campa en nombre de sus futuros hijos, señalando aquellas reses para distinguir las de las demás que quedaron allí pertenecientes á las misiones de Monterey, por parecerle así conveniente al señor gobernador, pues ignoraba el éxito de las expediciones. Dejó asimismo al citado padre cuarenta fanegas de maíz, un tercio de harina y otro de pan bizcochado, chocolate, higos y pasas, para tener con que regalar á los gentiles para atraerlos; le dejó de resguardo una escolta de soldados con su cabo, y el mismo dia 15 por la tarde salió la expedicion, aunque anduvo solas tres leguas.

En los tres dias que se mantuvo en Vellicatá no sintió nuestro venerable padre novedad alguna en el pié; desde luego que la alegría y divertimento con la citada fundacion le harian olvidar los dolores; pero no fué así, pues luego en la primera jornada de tres leguas se le inflamó de tal suerte el pié y pierna, que parecia estar acancerado, y entonces eran con tanta vehemencia, que no lo dejaban sosegar; pero no obstante, sin decir nada anduvo otra jornada, tambien de tres leguas, hasta llegar al paraje nombrado San Juan de Dios. Allí se sintió ya tan agravado del accidente, que no pudiendo mantenerse en pié ni estar sentado, hubo de postrarse en la cama, padeciendo los dolores con tanta fuerza, que le imposibilitaban el dormir.

Viéndolo de esta suerte el señor gobernador, le dijo: “Padre presidente, ya ve vuestra reverencia cómo se halla incapaz de seguir con la expedicion: estamos distantes de donde salimos solo seis leguas; si vuestra reverencia quiere, lo llevarán á la primera mision para que allí se restablezca, y nosotros seguiremos nuestro viaje.” Pero nuestro venerable padre, que jamás desmayó en su esperanza, le respondió de esta manera: “No hable usted de esto, porque yo confio en Dios me ha de dar fuerzas para llegar á San Diego, como me las ha dado para venir hasta aquí; y en caso de no convenir, me conforme con su santísima voluntad. Mas que me muera en el camino, no vuelvo atrás; á bien que me enterrarán y quedará gustoso entre los gentiles, si es la voluntad de Dios.”

Considerando el citado señor gobernador la firme resolucion del venerable padre y que ni á caballo ni á pié podia seguir, mandó hacer un tapeste en forma de parihuela ó féretro de difuntos, formado de varas, para que acostado allí, lo llevasen los indios neófitos de la California, que iban con la expedicion para gastadores y demás oficios que se ofreciesen. Al oír esto el venerable padre se contristó mucho, considerando, como prudente y humilde, el trabajo tan grande que se originaba á aquellos pobres en cargarlo. Con esta pena, recogido en su interior, pidió á Dios le diese alguna mejoría, para evitar la molestia que se seguia á los indios si lo conducian de este modo; y avivando su fe y confianza en Dios, llamó aquella tarde al arriero Juan Antonio Coronel y le dijo: “Hijo, ¿no sabrás hacerme un remedio para la llaga de mi pié y pierna?” Pero él le respondió: “Padre, ¿qué remedio tengo yo de saber? ¿qué acaso soy cirujano? Yo soy arriero y solo he curado las mataduras de las bestias. Pues hijo, haz cuenta que yo soy una bestia y que esta llaga es una matadura, de que ha resultado la hinchazón de la pierna y los dolores tan grandes que siento que no me dejan parar ni dormir; y hazme el mismo medicamento que aplicarias á una bestia.” Sonriéndose el arriero y todos los que

le oyeron, le respondió: “Lo haré, padre, por darle gusto.” Y trayendo un poco de sebo, lo machacó entre dos piedras, mezclándole las yerbas del campo que halló á mano; y habiéndolo frito, le untó el pié y pierna, dejándole puesto en la llaga un emplastro de ambas materias. Obró Dios de tal suerte, que como me escribió su siervo desde San Diego, se quedó dormido aquella noche hasta el amanecer, que despertó tan aliviado de sus dolores y llaga, que se levantó á rezar maitines y prima, como lo tenia de costumbre, y concluido el rezo dijo misa, como si no hubiera padecido tal accidente. Quedaron admirados, así el señor gobernador como los demás de la tropa al ver en el venerable padre tan repentina salud y alientos que para seguir la expedicion tenia, sin que por su causa hubiese la mas mínima demora.

Continuó la expedicion su camino, siguiendo el rastro de los exploradores, que era el mismo que tres años antes habia andado el padre Wenceslao Link, segun dijeron los soldados que lo acompañaron en la expedicion al Rio Colorado, hasta un lugar que el citado padre nombró la Cieneguilla, distante de la nueva mision de San Fernando en Vellicatá veinticinco leguas al rumbo del Norte. Del citado sitio seguia el rastro de dicha expedicion hácia el mismo viento, buscando el desemboque del Rio Colorado, á donde no pudo llegar, porque, como dice en su diario que formó y remitió al excelentísimo señor virey, á pocos dias de haber salido de la Cieneguilla encontraron con una grande sierra, toda de piedra, donde por imposibilitadas las bestias, no pudieron seguir y se vieron obligados á retroceder hasta la mision frontera nombrada San Borja, de donde habia salido la citada expedicion.

De todo esto eran sabedores los de la nuestra, así por las noticias que daban algunos soldados que iban en ella y habian acompañado al dicho padre jesuíta, como por las que ministraba el diario de este, que tenia nuestro venerable fray Junípero. Y como quiera que nuestras expediciones no se encaminaban al Rio Colorado, sino al puerto de San Diego, dejaron el rumbo del Norte desde la Cieneguilla y tomaron el del Noroeste, declinándose á la costa del mar Grande ó Pacífico, con lo cual lograron hallar el deseado puerto de San Diego, á donde arribaron el dia 1º de julio, habiendo gastado en el viaje desde la mision de San Fernando cuarenta y seis dias.

Quando los individuos de esta expedicion divisaron aquel puerto, desde luego parece se llenó á todos el corazon de alegría, segun las demostraciones que hizo la tropa en continuos tiros, á los cuales correspondió la del primer trozo que habia llegado allí, el mismo dia que en Vellicatá se celebró la fundacion de la primera doctrina nombrada San Fernando. Asimismo acompañaron la salva los dos barcos que estaban ya fondeados en el mismo puerto, la cual duró has-